

# Larita

Rodro Mtnez



# Capítulo 1

## LARITA

### 1

La caja tonta rescataba al salón de la oscuridad de aquella tarde, su relampagueo resplandecía sobre los rostros atónitos de los televidentes, inmersos éstos en las notas de una sintonía que pregonaba el final del programa. Fue entonces cuando la ternura de una voz tenue se quebró endulzando el aire:

—David el gnomo no ha muerto, ¿verdad? —preguntaba el brillo de unos ojos inundados—. Si...si es bueno, no puede acabar mal, ¿a que no, papi?

—Claro que no, Larita —respondió conmovido por la inocencia de su hija mientras ella reposaba la cabecita en su hombro—. Sólo se ha convertido en árbol, ya está.

—Pero no va a saber hablar...ni bailar...ni montar en su zorrito... —musitaba entre lágrimas frotando su carita en la camisa de papá—. ¡Pobrecito David el gnomo!

—Pobre no, se ha hecho viejito y le tocaba descansar, ahora puede dormir mucho, mucho, mucho... ¡Mira qué suerte! —El adulto buscaba manipularla, aunque, a juzgar por el rictus de la cría, sin el menor éxito; así pues, decidió cambiar de estrategia—. Cielo, los árboles son seres vivos también, lo que ocurre es que fingen estar dormidos.

—¿Y por qué...? ¿Y por qué...?—inquiría ansiosa la nena—. ¿Y por qué no se mueven ni un poquitín?

—Sí se mueven, lo que pasa es que van muy despacio y el ojo humano no consigue verles —improvisaba enternecido por esa curiosidad tan pulcra—. ¿Acaso no has visto alguna vez cómo las hojas hacen ruido?

—¡¡¡Sí, lo he visto, lo he visto!!! —La pequeña se encendió con una sonrisa de pura esperanza—. Suena «ifiiiiuuuuu...!» —soplaba entusiasmada.

—Pues son los árboles hablando entre ellos —inventaba despreocupado el padre, segurísimo de que una mentirijilla piadosa no podría dañar a nadie—. ¿Ves cómo no tienes por qué llorar?

—¡Hala! ¿Todos los árboles son David el gnomo? —sentenció Larita

pese a su entonación interrogativa—. ¡Bieeeeeen!

—Nena no... —intentó desdecirse y explicarlo de nuevo, pero la pequeña ya corría como un bichito hacia la terraza para saludar a cipreses, pinos, robles..., de modo que no le quedó otra que dejarlo pasar. Se acercó a ella y se la comió a besitos al mismo tiempo que la aupaba.

Desde entonces Larita, cada vez que la paseaban por el parque, bajo el rumor tembloroso de la hojarasca, agitaba su manita a los árboles para ver si respondían, a veces incluso se obcecaba en abrazarlos, diciéndoles, con esa honestidad brutal de quien no se avergüenza de su cariño, lo muchísimo que les quería: «¡Hola, Daviiiiid!».

## 2

Bajo el parietal latía una migraña incurable, un dolor que, al son de la locura, desbordaba turbia su hiel hasta el pecho, macerando en odio un crudo arrebató en forma de venganza. Notó entonces sus ojos en llamas, esa profunda aflicción causada por el cuerpo aún presente, sin embargo, su matarife no parecía sentir el menor remordimiento. En tales circunstancias, el rencor enquistado, único amo y señor de sus riendas a esas alturas, se bastó para espolearle hacia aquel individuo con el insano ahínco de quien anda desesperado. Pretendía sin más entrar en su mirada y escudriñar algún atisbo de culpa, acaso un perdón.

—¿Oiga, qué cree que está haciendo?! —le interpeló el sujeto a la vez que bajaba su arma—. Aquí no puede estar. ¡Lárguese!

—¡Hijo de la gran puta, esto no va a quedar así! —regurgitó su bilis armándose de coraje, ya no había vuelta atrás—. Juro por Dios que no te saldrás con la tuya.

—¿Perdone? —Alucinaba aquél ante tamaño dislate, tan preso de lo inesperado que no pudo advertir la piedra en la diestra de su oponente—. ¡Déjese de gilipollecés y márchese de una puta vez, payaso!

—Vas a pagar por tu crimen —amenazó de nuevo antes de abalanzarse sobre él con contundencia—. ¡Me has quitado lo que más quería, cabrón de mierda!

—¡Socorro! Sólo estoy haciendo mi trabajo. ¡Por favor, pare...! ¡¡¡No!!!

La cólera ardía voraz e inhumana. El hecho de que insistiera en que sólo había sido un encargo, un mero acto impersonal, agudizaba la sed de justicia en el enajenado.

—¡Lo era todo para mí y tú me lo has robado! ¡¡¡Haz que vuelva, haz que vuelva, joder!!!

El sicario, incapaz de agarrarse al mundo, dejó de resistirse con una expresión imbécil que enrabietaba más si cabe al agresor. El desquite apenas le había saciado, todavía sentía aquel fuego crepitando en su interior, entretanto, el arma homicida empuñada por su víctima aparentaba querer decir algo, como si en ella pudiera hallar paz ante la tormenta que agitaba su duelo, quizás allí se escondiese la clave para cerrar aquel ciclo tremebundo; en consecuencia, decidió descargar toda la furia de aquella herramienta mortífera sobre los restos del verdugo. Así, bajo un ensordecedor ruido que tronaba demente, el cadáver comenzó a asperjar su sangre en una lluvia cálida y purificadora, un bautismo que marcaba el fin de la extraviada cordura.

Al poco se percató del gentío, de las decenas de miradas punzantes tras la nuca, de cada uno de esos rostros escrutando su fiera igual que si se tratara de una alimaña salvaje. Fue ahí cuando las fuerzas empezaron a flaquear hasta derrumbarle en un frío seco y asfixiante, en un miedo que le empujaba irremediabilmente hacia el cuerpo de su amor, causa y principio de todo. Éste languidecía rígido entre la hierba, quieto, casi irreal. Lo rodeó con sus brazos sanguinolentos, y amparado en los últimos estertores de su aroma a vida, rompió a llorar como un crío:

—Siempre con nosotros, siempre con nosotros, siempre con nosotros... —repetía hundido en su torso mientras la multitud le cercaba.

### 3

La niña, absorta, posó sus pupilas en el blancor de las cortinas, una neblina que transparentaba el sutil baile de las luces con sus sombras, como si a través de las mismas, el runrún hipnótico del exterior pudiera colarse bajo su almohada impidiendo el sueño: trasiego urbano, conversaciones al viento... ¡qué insoportable hastío! Patinaba por la sonrosada suavidad de sus mejillas, a lomos de un jadeo leve que se desvanecía en silencio, la luminosidad de una lágrima lenta, solitaria también, rendida al calor fiel de aquel peluche centinela del miedo. Entonces la puerta de la habitación se fue abriendo lentamente en un largo bostezo.

—Larita, cariño, ¿cómo te encuentras? —se preocupaba su abnegado padre—. ¿Necesitas algo?

—Me duele —sollozó la criaturita escaldándole por dentro.

—Aún no es hora de la medicina, mi vida. ¿Quieres que cantemos una canción para que se te pase? —preguntó en lo que mullía su almohada—.

¿La de David el gnomo por ejemplo?

—No tengo ganas —respondió lacónica, como si fuera a apagarse en cualquier instante.

—¿Y un cuento, mi amor? ¿Uno de magia y hadas madrinas? Venga, jugamos a que eres Campanilla.

—¡Campanilla no! Estoy muy fea, papi —exhaló con una mueca desgarradora mientras frotaba su cráneo desnudo, casi enredándose en un amargo suspiro que tocaba a rebato para que sus lagrimas, densas y descorazonadoras, brillaran en la penumbra. Larita siempre fue muy llorona, pero aquello no se asemejaba a los clásicos berrinches de la edad, era un gañido agudo que se rompía de pura tristeza desolando a quien lo presenciara—. No quiero seguir así, doy miedo...

—Pero si no hay cosa más preciosa en el mundo que tú —interrumpió el tutor con un vendaval tras sus ojos, a duras penas pudo contenerlo. Le acarició su rasurada cabecita, la besó y aprovechó para tomar la temperatura con su mano. En dichas condiciones, y de igual manera que si sacara un as de la manga, se le ocurrió formular una pregunta en principio intrascendente—: ¿A que no sabes en qué estación del año estamos, cielo?

—En otoño —contestó ella sorbiéndose los mocos ante tanta llantina. A pesar de la extrañeza por el bandazo de su padre, se atrevió a añadir con voz trémula—: Es cuando más feúcho está todo.

—¿Y qué pasa en otoño, Larita?

—Pues que llueve mucho y hace frío —maullaba contra el pecho de su cuidador.

—¿Y qué más? —proseguía el interrogatorio hacia un fin concreto.

—Que hay muchas hojitas en el suelo porque todos los árboles se ponen muy tristes sin su amigo el sol —resumió deliciosamente a la vez que empezaba a entreverse mayor brío en su habla—. Se quedan calvorotas como yo.

—¿Y después, mi amor, qué les sucede a esos mismos árboles cuando llega la primavera?

—¡Vuelven a tener hojitas otra vez! —El rostro se le avivó en forma de sonrisa al tiempo que sus mofletes aparentaban secarse—. ¡Y también salen flores de muchos colorines! Rosas, violetas, amarillas...

—Claro, pues lo mismo te pasa a ti, mi vida: ahora estás en otoño, de ahí lo del pelo, pero dentro de poco te pondrás buena y crecerán esos ricitos dorados tan monos que tienes —explicaba el hombre reconfortado por el cambio en el semblante de su niña—. ¡Eres como los arbolitos, cielo!

—¡¿Igual que David el gnomo?! —La pequeñuela aplaudía pese al incesante cansancio, algo parecido a la felicidad volvió a colorear su espíritu.

—En breve nos llamará el médico para darnos el resultado de tus pruebas, y ya de paso, informarnos sobre cómo curarte, pero de momento tienes que estar alegre para ponerte buena —reconvenía con dulzura el padre a su hija, curtido en la cotidianidad del padecimiento, esclavo del ser amado a quien bajo ningún concepto cabría dejar caer, y menos a ella, tan frágil, tan bonita... No quería imaginarse que aquellas promesas pudieran perderse de nuevo en la nada, aún dolía lo de su madre, por eso prefirió variar el rumbo de la conversación—: ¿Quieres entonces un cuento, Larita?

—¡¡¡Sí!!! ¡Uno de David el gnomo, porfi, porfi...!

Consciente de la importancia de cada segundo a su lado, abrió el libro y comenzó a narrar. En ocasiones leía, aunque la mayoría de las veces inventaba con el propósito de adornar la trama, nada mejor si se quería arrancar alguna sonrisa a la princesa de la casa, así que también ponía voces e incluso se recreaba en las ilustraciones evitando que decayera el ritmo; sin embargo, a todas horas, Larita le interrumpía para plantear la más peregrina de las cuestiones, para incidir en el aspecto más irrelevante del argumento, en definitiva, para hacer de esos instantes un acontecimiento mágico e inolvidable.

#### 4

—¡Atención a todas las unidades, atención a todas las unidades! —La radio saltó con su acostumbrada fritura acústica sólo inteligible para profesionales—. Hay un diez cero en el sector norte del Parque Central.

—Aquí Zeta Uno patrullando por el distrito tres a la altura de Banco Nacional, estamos a unos pocos minutos de allí —respondió el copiloto con premura a la vez que su compañero activaba la sirena—. ¿De qué se trata? Cambio.

—Han asaltado a un operario municipal, el sospechoso es un varón blanco de entre unos treinta y cuarenta años, complexión fuerte, según testigos va armado —informaba eficiente la radio—. ¿Os hacéis cargo,

Zeta Uno? Cambio.

—Afirmativo —asumieron la responsabilidad sin dejar de acelerar—, vamos de camino. Cambio y corto.

Azulados destellos aullaban gélidos entre la incipiente lóbreguez vespertina, dejando ver en su aureola finísimas gotas de la lluvia que caía. Dentro del coche, los dos agentes digerían el silencio desde el pensamiento, en alerta para estar a la altura de las circunstancias. Ya ni tan siquiera se planteaban el porqué de aquellas acciones, no importaba, daban por hecho que la maldad era, en mayor o menor medida, inherente al ser humano y que por tanto en sociedad se hallaba inevitable. No se preguntaban las causas ni los motivos, pues siempre solía deberse al dinero o al orgullo, si no a algo peor, y tampoco se sentían cómodos juzgando, ya que involucrarse en exceso no sólo podría empañar su destreza, sino que también cabría la posibilidad de que envenenara lo personal.

Pronto llegaron al lugar del delito. Desde el cordón policial, apenas se mantenía a distancia a los curiosos que se arremolinaban atraídos por el morbo, daba igual la lluvia y la decencia, lo importante parecía ser su afán de estar ahí para contarlo. Los agentes se presentaron y se pusieron al día sobre el caso, organizaron el dispositivo mientras esperaban a que se presentara el juez para levantar el cadáver, por lo visto el sospechoso ya había sido detenido. Cada vez más luces, más ambulancias, más policía, más voces, más nervios... El agente de mayor rango no supo apartar la mirada de aquel cuerpo convertido en picadillo, otros muchos se retiraron para vomitar, pero él logró sobreponerse adivinando entre los restos la documentación de la víctima. A pocos pasos, un pedrusco y una motosierra ensangrentada.

—¡Qué casquería! —gruñía entre dientes el veterano policía, visiblemente afectado a pesar de su dilatada experiencia—. ¡Cuánto tarado, joder, y siempre en mi puto turno!

Se dirigió adonde el detenido e intentó interrogarle, aunque apenas sacó una sucinta identificación. Sin antecedentes, nada le unía a la víctima, ¿cuál era el móvil entonces? ¿Qué empujó a aquel pobre infeliz a perpetrar aquello? No hallaba nexo alguno y el sospechoso tampoco se lo iba a facilitar, estaba catatónico mascullando una y otra vez la misma frase como un estribillo macabro: «Siempre con nosotros, siempre con nosotros, siempre con nosotros...».

Regresó por tanto a la escena del crimen. Hacía ya rato que el chispeo había amainado, el césped aún envolvía con su resbaladizo tacto los despojos de aquel desgraciado, un simple auxiliar de servicios de parques y jardines del ayuntamiento, cuya sangre, más licuada de lo normal por la humedad, formaba un insignificante arroyuelo alrededor de un tocón

reciente, casi igual que un meandro a las faldas de un monte. A metro y medio yacía un tronco joven, precisamente cortado, con su corteza transpirando una savia que bien podría ser resina o incluso sanguinolenta agua, quizás lágrimas, como si sufriera de puro dolor. El agente se acercó más a la chueca del árbol, y agachado para examinar las raíces, bajo la glutinosidad de aquel barro, descubrió una pequeña placa de piedra blanca con algo escrito. La limpió como pudo, y apuntando con la linterna, leyó una hermosa caligrafía que rezaba:

*«Larita, mi preciosa gnomita, eterna primavera.*

*Siempre con nosotros».*

*(1986-1991)*

**FIN**